

DOCTORADO *HONORIS CAUSA* AL DOCTOR VÍCTOR TOKMAN

Señoras y señores:

Pocos aspectos de la vida social han sido tan escrutados y tan debatidos a lo largo del siglo XX como el problema del empleo. No hablamos de una preocupación que convoca solamente el interés de los estudiosos, sino de una inquietud que experimenta cotidianamente el hombre de la calle. El trabajo es visto, desde la teoría social, como una categoría abstracta, un fenómeno susceptible de ser expresado en datos estadísticos que registran sintéticamente sus tendencias crecientes y decrecientes y la manera cómo varía su naturaleza en cada sociedad concreta. Evidentemente, es mucho más que eso: constituye el escenario en el que desplegamos nuestra creatividad y nos afirmamos como personas; e igualmente, y con no escasa frecuencia, el cuadro en el que se componen verdaderos dramas humanos.

Desde una mirada ingenua, todo cuanto puede decirse sobre el trabajo se resume en las relaciones que establecen de manera espontánea los agentes económicos. Hay quienes demandan trabajo; hay quienes lo ofrecen. Entre ellos media un pacto, un acuerdo de compra-venta y nada más. Visto así, el empleo y sus condiciones de calidad serían apenas el resultado de la confluencia entre la oferta y la demanda laboral. En consecuencia, mejorar la situación del empleo sería una tarea regida por la lógica del mercado y reducida a fomentar la actividad productiva.

Sin embargo, pensadores críticos, como el doctor Víctor Tokman, a quien hoy homenajeamos, se resisten a esta visión simplista de la cuestión laboral. Sus investigaciones nos ayudan a comprender que el trabajo es esencialmente una realización humana y que, por lo tanto, además de seguir

las leyes del mercado, debe estar normado y validado por principios éticos y morales que ninguna sociedad puede desdeñar. Tanto el empleado como el empleador son responsables por el bienestar del ambiente de trabajo y no están ajenos a establecer vínculos de cooperación y solidaridad. Por lo tanto, es menester que los estudiosos del fenómeno laboral indiquen no sólo cómo desarrollar programas que promuevan la demanda de trabajo, sino también que propongan cómo establecer condiciones laborales dignas y justas.

Cuando observamos la historia universal, comprendemos que las características del trabajo constituyen una de las señales más ostensibles del progreso de una sociedad. Por ello, en esta época de grandes transformaciones, en la que no suele ser fácil observar qué cambios de nuestro paisaje cultural son transitorios y cuáles son permanentes, las diversas manifestaciones que adquiere el empleo permiten comprender los rasgos contradictorios de un tiempo en transición signado por profundas desigualdades.

En efecto, el mundo moderno, con sus veloces cambios tecnológicos y con la abolición de las fronteras nacionales, ha suscitado una modificación radical de la vida laboral. No se ha cumplido, naturalmente, la exorbitante profecía según la cual el hombre sería sustituido por la máquina. Pero sí el desarrollo más avanzado demuestra un desplazamiento radical: el trabajo manual y operativo ha retrocedido en importancia ante el papel del experto, del dominador de saberes que es capaz de sintetizar habilidades técnicas. Tales consideraciones atañen al impacto que las nuevas tecnologías y la nueva organización del trabajo tienen sobre la demanda de mano de obra humana. Las tensiones conocidas desde la primera revolución industrial son puestas en acto nuevamente y dejan una estela de incertidumbre por la cual el trabajo humano estrecha sus límites en beneficio del creciente protagonismo de la máquina. Pero hay más: la gran transformación tecnológica genera

aprensiones de otro tipo. No sólo preocupa la cantidad de puestos laborales; lo que hoy también se pone en cuestión es la calidad del trabajo mismo. Éste, según quienes observan estas realidades más de cerca, se hace volátil: cada trabajador se ve obligado a capacitarse incesantemente, a renovar sus talentos y aptitudes para mantener el paso del mundo. Asimismo, aumenta la competencia por puestos de trabajo cada vez más escasos, y ello suscita en las personas una zozobra lanzándolas a una carrera sin fin. De este modo, el propio espacio y el tiempo de la vida laboral es transformado, pues, por los nuevos imperativos de la multifuncionalidad, la velocidad y la eficacia de la era post-industrial.

Las mutaciones que menciono suscitan ya intensas reflexiones en las naciones más industrializadas, aquellas donde la revolución informática ha calado más profundamente en las rutinas productivas y laborales y, por supuesto, también en la vida cotidiana. El trabajo, que antes era una fuente de estabilidad y hasta una instancia formadora de las identidades individuales, pasa a ser, en nuestros días, un territorio incierto, un terreno de arenas movedizas.

Ahora bien, esta difícil realidad que evoco se presenta en nuestros países con un añadido especial. En América Latina los retos del trabajo post industrial, propio de la sociedad informática, se superponen a dificultades que se arrastran desde hace varias décadas. Me refiero, por cierto, a las altas tasas de desempleo y subempleo y a la gran proliferación de prácticas laborales informales y marginales, esos puestos de trabajo simples, de bajísima productividad y, por supuesto, mínimamente rentables, a los que la gran mayoría de latinoamericanos acude en procura de sus recursos básicos de supervivencia.

Así, podemos decir que nuestra situación es especialmente desafiante, pues sin haber conocido la difusión masiva del empleo productivo y seguro, logro de una economía industrial madura, nos enfrentamos ahora a los imperativos de la llamada *nueva economía*, cuyas marcas de identidad, como hemos recordado, son el cambio incesante y la volatilidad de los puestos de trabajo.

Esta paradójica circunstancia entraña para nosotros un agudo peligro, el de vernos atrapados en un falso dilema: ¿Nos concentraremos en nuestras viejas dificultades y procuraremos resolverlas olvidando los apremios del mundo contemporáneo? ¿O nos abandonaremos sin más a las modas corrientes dejando de considerar esos problemas básicos –radicalmente humanos– que todavía no hemos resuelto? Ninguna de esas opciones nos augura una navegación hacia buen puerto: América Latina no es una isla –hoy menos que nunca en la nueva escena global– y por ello no puede pensar sus problemas con prescindencia de las grandes corrientes mundiales; simultáneamente, hay que decir que tenemos todavía viejas deudas con nosotros mismos y que lo que el mundo desarrollado ve como problemas de ayer, ya superados –la inestabilidad laboral, la desprotección del trabajador frente a tratos abusivos, la desconsideración de las diferencias de género, la carencia misma de fuentes de ingreso dignas– son todavía para nosotros, pese a declaraciones genéricas, una realidad palpitante y dolorosa.

Pues bien, para no sucumbir a las tentaciones del pensamiento unilateral, América Latina necesita mentes lúcidas y generosas, capaces de percibir y reaccionar sensiblemente frente a los dramas humanos inscritos en la dura realidad del subempleo, pero, además, conciencias que sepan interpretar la carga positiva de las conquistas de la modernidad.

Hablo, en suma, de personas dispuestas a seguir pensando en el mundo del trabajo desde una perspectiva radicalmente humanista y humanitaria. Humanista en cuanto permanezca atenta al siguiente hecho sustantivo: que el trabajo, que la vida laboral, no es un simple fenómeno afincado en la productividad material, sino un espacio en el cual ejercemos nuestra dignidad de seres creativos, capaces de transformar y humanizar el entorno. Y reclamamos una perspectiva humanitaria porque es imposible desconocer cuántas privaciones, cuánta pobreza, cuánto sufrimiento podríamos evitar o paliar si edificáramos una sociedad en la que cada cual pudiera ejercer su derecho elemental a tener un trabajo estable y, sobre todo, digno. Y al postular esta visión, nos hacemos eco de las enseñanzas de la Iglesia, que ve en el trabajo un bien humano, porque mediante él, como escribió Juan Pablo II en *Laborem Exercens*, “*el hombre no sólo transforma la naturaleza adaptándola a las propias necesidades, sino que se realiza a sí mismo como hombre, es más, en un cierto sentido, se hace más hombre*”.

Este es el significado profundo que hallamos en la reflexión y el mensaje del doctor Víctor Tokman, cuya presencia honra estos claustros y a quien hoy otorgamos el doctorado *honoris causa* de nuestra Universidad. Un somero repaso de su trayectoria como economista y consultor nos da cuenta de su intenso compromiso con la realidad laboral del mundo y de nuestro continente en particular; su labor en la Organización Internacional del Trabajo y en el Programa Regional del Empleo para América Latina y el Caribe nos revela a un profesional que, alentado por la preservación de los valores esenciales de la persona, participa en las organizaciones rectoras del sistema laboral para librar desde allí incesantes batallas en defensa del derecho a un trabajo digno y justo. De manera complementaria, en sus largos años de dedicación al magisterio y en sus abundantes y meditadas publicaciones, nos

encontramos con el investigador serio y acucioso, con el analista preocupado por dar razón de sus luchas, por inscribirlas en una reflexión serena, no abandonada a un simple voluntarismo sino enraizada en una comprensión sincera de los viejos y nuevos problemas sociales que afronta nuestro continente.

Doctor Víctor Tokman:

Su incorporación al cuerpo académico de nuestra Universidad refuerza la familiaridad que se ha establecido por su participación en programas conjuntos de investigación y por las numerosas visitas que nos ha brindado. Hoy lo honramos con nuestra máxima distinción y lo hacemos con una mezcla de regocijo y orgullo, porque encontramos en usted a una persona que comulga con los altos valores de esta Casa de Estudios y enriquece con su presencia la excelencia académica de nuestra comunidad universitaria.

SALOMÓN LERNER FEBRES

RECTOR

28/5/2001